

GRAN SUPER & FICCIÓN

ISAAC ASIMOV

Las grandes historias de la ciencia ficción

LA EDAD DE ORO 1946-1947

Los relatos que
hicieron historia
antes de los
premios Hugo



C H A N O N

Los mejores relatos del período histórico más importante de la ciencia ficción, cuando los grandes maestros configuraron los temas clásicos del género.

Quinto volumen de una esmeradísima selección en la que Asimov y Greenberg presentan cronológicamente las narraciones que marcaron la evolución del género. Diez historias aparecidas originalmente en 1946 y 1947, obra de los mejores escritores del momento.

Fredric Brown, Dolton Edwards, Henry Kuttner y Catherine L. Moore, Theodore Sturgeon, William Tenn, H. Beam Piper y T. L. Sherred son los autores de este conjunto de relatos inolvidables.

1946

Introducción

En el mundo de fuera de la realidad, el primer año posterior a la segunda guerra mundial tuvo un comienzo sombrío con la ejecución, el 3 de enero, de William Joyce, conocido por millones de británicos como «Lord Haw Haw», quien emitió propaganda nazi a las Islas Británicas durante la guerra. Avanzado el año, el Tribunal de Nuremberg sentenció a muerte a una docena de destacados criminales de guerra nazis, pero el más importante de todos, Hermann Goering, escapó a su destino al quitarse la vida. Estados Unidos se vio sacudido con huelgas y paros laborales durante todo el año, y la situación se volvió tan grave que el presidente Truman tuvo que ordenar al ejército que se hiciera cargo de los ferrocarriles y la mayoría de las minas de carbón, aunque sólo durante poco tiempo. En el otro extremo del mundo, Ho Chi Minh inició la ofensiva que finalmente expulsaría a Francia y más tarde a Estados Unidos de Vietnam. Se reanudo la sangrienta guerra civil entre las fuerzas comunistas y nacionalistas en China y su resultado todavía continuaba siendo incierto.

En el aspecto positivo, el Consejo de Seguridad de las recién fundadas Naciones Unidas se reunió en enero y eligió al noruego Trvgve Lie como primer secretario general de la organización con la esperanza de que la siguiente década fuera pacífica. Sin embargo, el esbozo de la guerra fría quedó en el aire cuando Winston Churchill habló de la existencia de un «Telón de Acero» que había caído sobre Europa, en un discurso en el Westminster College en Missouri. Se garantizó el derecho al voto a las mujeres japonesas e italianas por primera vez en la historia, y Filipinas obtuvo su independencia gracias a Estados Unidos el 4 de julio.

Durante 1946, se fundaron la revista *Holiday* y la firma editora Farras, Straus and Company. *La Vie en Rose*, *The Christmas Song*, *To Each His Own* y *Tenderly* fueron canciones de éxito. Los Cardinals de St. Louis derrotaron a los Red Sox de Boston por siete juegos en el Campeonato Mundial de Béisbol.

Gran Bretaña creó un Servicio de Seguridad Social. Juan Domingo Perón se convirtió en presidente de Argentina. ENIAC (Electronic Numerical Integrator and Computer) continuaba su desarrollo, pero pocos fuera del campo de la ciencia ficción advirtieron que cambiaría profundamente la vida del mundo industrializado. Marc Chagall pintó *Vaca con paraguas*. Se instituyeron las becas Fulbright. El doctor Benjamin Spock (que no es el padre del señor Spock el Vulcano) publicó un libro titulado *The Common Sense Book of Baby and Child Care* (más tarde conocido sólo como *Baby and Child Care*) y se hizo millonario...; se sabe que algunos niños fueron golpeados con el libro. Se pusieron a la venta los relojes Timex. Broadway tuvo una gran temporada con obras como *The Iceman Cometh*, de Eugene O'Neill, *Born Yesterday*, de Garson Kanin, *Annie Get Your Gun*, del gran Irving Berlin, *Another Part of the Forest*, de Lillian Hellman, y *Cal Me Mister*, de Harold Rome.

El tiempo de vuelo aproximado entre Londres y Nueva York era de casi veinte horas. Pablo Picasso pintó su *Fauno tocando la flauta*, mientras que Eastman Kodak sacaba al mercado la película Ektachrome.

Fueron novelas destacadas *Frankie y la boda*, de Carson McCullers, *Todos los hombres del rey*, de Robert Penn Warren, *El gran reloj*, de Kenneth Fearing, y *Zorba el Griego*, de Nikos Kazantzakis. Proctor y Gamble pusieron *Tide* a la venta y en las lavadoras de todo Estados Unidos.

Hubo un puñado de films excelentes: *Los mejores años de nuestra vida*, dirigida por el desaparecido William Wyler; *El cartero siempre la ama dos veces*; *Roma, ciudad abierta*, de Roberto Rossellini, y *Duelo al Sol*. Una película llamada

Forajido convirtió en estrella a Burt Lancaster, mientras que Humphrey Bogart y Lauren Bacall intercambiaban miradas maliciosas en *El sueño eterno*. El musical *The Harvey Girls* dio al mundo «Atchison, Topeka y Santa Fe».

Los científicos John von Neumann y Emil Fuchs solicitaron la patente de un aparato al que llamaron «bomba de hidrógeno». Mickey Spillane dejó de escribir libros de historietas para dedicarse a novelas extremadamente duras con la publicación de *Yo, el jurado*. La palabra «autómata» fue empleada por Delman S. Herder, y los lectores de ciencia ficción comprendieron las implicaciones.

Assault fue el mejor caballo del año, y venció la Triple Corona contra fuertes competidores. Los cangrejos picantes de Mrs. Paul obtuvieron una acogida magnífica, mientras que uno de los mayores inventores del siglo, el brillante Louis Hearde, diseñaba el bikini y lo bautizaba con el nombre del atolón donde iba a llevarse a cabo la primera prueba atómica posterior a la guerra.

La muerte se llevó al campeón de ajedrez Aleksandr Alekhine y al genio fotográfico de Alfred Stieglitz.

Mel Brooks era todavía Melvin Kaminsky.

En el mundo real fue un año particularmente destacado, ya que docenas de escritores de ciencia ficción regresaron del ejército. Incluso un joven y prometedor escritor llamado Isaac Asimov, que había conseguido ser reclutado en 1945, se licenció este año.

Se publicaron libros importantes en 1946: *Slan*, de A. E. van Vogt; *The Time Stream*, de John Taine, y *The Skylark of Space*, de E. E. Doc Smith (aunque todas fueron escritas mucho antes, para revistas). El año destacó por la aparición de dos de las grandes antologías de todos los tiempos: *Adventures in Time and Space*, a cargo de J. Francis McComas y Raymond Healy, y *The Best of Science Fiction*, compilada por el sabio Groff Conklin, el primer antologista de su época. Pronto, cientos de miles de lectores verían cómo su mente se expandía.

Los entusiastas y los profesionales británicos lanzaron las revistas *New Worlds* y *Fantasy* en diciembre.

En el mundo real sucedieron más cosas maravillosas, ya que tres escritores magníficos hicieron su vuelo nupcial a la realidad: Arthur C. Clarke con «Loophole» en abril, William Tenn (Philip Klass) con «Alexander the Bait» en mayo, y Margaret St. Clair con «Rocked to Limbo» en noviembre.

La gente real se reunió por cuarta vez cuando la Convención Mundial de Ciencia Ficción (la Pacificon) se celebró en Los Angeles bajo la batuta del incansable Forry Ackerman.

La muerte se llevó a Otis Adelbert Kline, Leroy Yerxa y a uno de los grandes padres de la ciencia ficción, H. G. Wells.

Pero alas distantes empezaban a batir con el nacimiento de Alan Dean Foster, F. Paul Wilson, Christopher Foss, Robert Weinberg, Mark Geston, Eric S. Rabkin, Richard Glyn Jones, Steven G. Spruill, y Bruce McAllister.

Viajemos al venerado año de 1946 y disfrutemos de las mejores historias que el mundo real nos legó.

Isaac Asimov y Martin H. Greenberg

Placet es un mundo de locos

Fredric Brown

Hemos comentado el talento de Fredric Brown en anteriores volúmenes de esta serie, pero merece la pena repetir que fue uno de los primeros artífices de la ciencia ficción, capaz de lograr obras sobresalientes en todas las extensiones, desde el ultracorto a la novela. Tal vez fue el primer gran autor de ciencia ficción que tuvo la habilidad de ser consecuentemente divertido y consecuentemente sabio al mismo tiempo, y a decir verdad ejerció en el género una influencia mayor de la que los historiadores le han otorgado.

«Placet es un mundo de locos» no fue incluido en The Best of Fredric Brown, pero debería haberlo sido. ¡Para duplicarlo, todo lo que hay que hacer es mezclar un poco de Philip K. Dick, añadir algo de Philip José Farmer, y rematarlo con una generosa porción de Ferdinand Feghoot!

(La ciencia ficción humorística no es tan común como me gustaría, pero claro, la ficción general humorística tampoco es tan común como yo quisiera. Eso se debe a que no es fácil tener éxito siendo gracioso, y pocos escritores lo intentan y aún menos lo consiguen. Fredric Brown es uno de los que lo logran, y este relato ha tenido siempre un lugar en mi corazón porque Fred consiguió plantear una situación completamente descabellada y extraerle sentido. Oh, no creo que la velocidad de la luz se reduzca realmente a la del sonido en las inmediaciones de una interacción materia-antimateria, pero podemos suponer que lo hace. Por cierto, «materia contraterrena» es un término de ciencia ficción que fue reem-

plazado por el vocablo que emplearon los científicos de verdad cuando se pusieron a considerarlo en serio. Se decidieron por «antimateria» y hemos tenido que hacerles caso. I. A.).

Aunque estés acostumbrado, a veces puede contigo. Como aquella mañana..., si puede llamársele mañana. Realmente era de noche. Pero nos guiamos por el horario terrestre en Placet, porque el tiempo de Placet sería tan lioso como todo lo demás en ese planeta chiflado. Quiero decir que habría un día de seis horas y luego una noche de dos horas y después un día de quince horas y una noche de una hora y., bueno, no se puede medir el tiempo en un planeta que hace un ocho en su órbita alrededor de dos soles disparejos, pasa entre ellos como un murciélago salido del infierno mientras que los dos soles giran uno alrededor del otro tan rápida y tan relativamente cerca que los astrónomos de la Tierra pensaron que se trataba de un solo sol hasta que la expedición Blakeslee aterrizó aquí hace veinte años.

Verán, la rotación de Placet no es ni siquiera una fracción del período de su órbita, y tenemos el Campo Blakeslee en medio de los dos soles..., un campo en el que los rayos de luz reducen su velocidad hasta el paso de tortuga y se quedan atrás y..., bueno...

Si no han leído los informes Blakeslee sobre Placet, ágárense a algo mientras les digo esto: Placet es el único planeta conocido que puede eclipsarse a sí mismo dos veces al mismo tiempo, correr precipitadamente hacia sí mismo cada cuarenta horas, y luego perseguirse hasta quedar invisible.

No, no se lo reprocho.

Yo tampoco lo creía, y me quedé de piedra la primera vez que puse el pie en Placet y vi a Placet venir de frente

hacia nosotros. Y había leído el informe Blakeslee y sabía lo que sucedía realmente, y por qué.

Es como las primeras películas, cuando la cámara se colocaba delante de un tren y el público veía a la locomotora enfilar contra él y sentía el impulso de echar a correr aunque sabía que la locomotora no estaba realmente allí.

Pero aquella mañana, como estaba diciendo, me hallaba sentado ante mi mesa, cuya superficie estaba cubierta de hierba. Mis pies estaban (o parecían estar) apoyados en una plancha de agua ondulante.

Pero no estaban mojados.

En lo alto de la hierba de mi mesa había un florero rosa, y dentro de éste, de nariz, había atrapado un lagarto saturnino verde brillante. Aquello, me decía la razón aunque no mi vista, era mi pluma y el tintero. También había un cartel bordado que decía «Dios bendiga nuestro hogar» con claras puntadas.

En realidad era un mensaje del Centro Terrestre que acababa de llegar por radiotipo. No sabía lo que decía porque había llegado a mi despacho después de que empezara el efecto C. B. No creía que dijera realmente «Dios bendiga nuestro hogar», aunque lo pareciera. Y entonces me enfadé, harto de todo, y dejó de importarme un pimiento lo que dijera realmente.

Verán, será mejor que me explique: el efecto del Campo Blakeslee sucede cuando Placet está en posición media entre Argyle I y Argyle II, los dos soles en torno a los que dibuja sus ojos. Hay una explicación científica para todo, pero debe expresarse con fórmulas, no con palabras. Se reduce a esto: Argyle I es materia terrena, y Argyle II es contraterrena, o materia negativa. A mitad de camino entre ellos (a lo largo de una considerable extensión de territorio), hay un campo en el que la velocidad de los rayos de luz se reduce muchísimo. Se mueven aproximadamente a la velocidad del sonido. El resultado es que si algo se mueve más rápido que el sonido (como hace el propio Placet) aún

puedes verlo venir después de que te haya pasado. La imagen visual de Placet tarda veintiséis horas en atravesar el campo.

Para entonces Placet ha dado la vuelta a uno de sus soles y se encuentra con su propia imagen de regreso. En la mitad del campo hay una imagen que va y otra que viene, y se eclipsa dos veces, ocultando ambos soles al mismo tiempo. Un poco más adelante, se encuentra consigo mismo al venir de la dirección contraria..., y te asusta de muerte si estás mirando, aunque sepas que no está sucediendo de verdad.

Déjenme explicarlo bien antes de que se mareen. Digamos que una antigua locomotora viene hacia ustedes, sólo que a una velocidad muchísimo mayor que la del sonido. A un kilómetro de distancia, silba. Les pasa y entonces oyen ustedes el silbido, procedente de un punto situado un kilómetro atrás donde ya no está la locomotora. Ése es el efecto audible de un objeto que viaja más rápido que el sonido; lo que acabo de describir es el efecto visual de un objeto que viaja (haciendo la figura de un ocho) más rápido que su propia imagen visual.

Eso no es lo peor; uno puede quedarse en casa y evitar el eclipse y las colisiones de frente, pero no se puede evitar el efecto fisiopsicológico del Campo Blakeslee.

Y eso, el efecto fisiopsicológico, es otra historia. El campo hace algo a los centros del nervio óptico o a la parte del cerebro donde conecta el nervio óptico, algo similar al efecto de determinadas drogas. Uno experimenta..., no se las puede llamar exactamente alucinaciones, porque no se ven normalmente cosas que no estén allí, pero se recibe una imagen ilusoria de lo que hay.

Yo sabía perfectamente bien que estaba sentado ante una mesa cuya superficie era de cristal, no de hierba; que el suelo bajo mis pies era de plastiplaca corriente y no una hoja de agua ondulante; que los objetos sobre mi mesa no eran un florero rosa con un lagarto saturnino metido den-

tro, sino un antiguo tintero del siglo XX y una pluma..., y que el «Dios bendiga este hogar» era un papel con un mensaje de radiotipo. Podía verificar todas estas cosas con mi sentido del tacto, al que no afecta el Campo Blakeslee.

Siempre se pueden cerrar los ojos, claro, pero no se hace, porque a pesar de la magnitud del efecto. La visión te da el tamaño relativo y la distancia de las cosas, y si te quedas en territorio familiar tu memoria y tu razón te dicen lo que son aquéllas.

Así, cuando se abrió la puerta y entró un monstruo de dos cabezas. Supe que era Reagan. Reagan no es ningún monstruo de dos cabezas, pero pude reconocer el sonido de sus pasos.

—¿Sí, Reagan?

—Jefe —dijo el monstruo de dos cabezas—, el taller de maquinaria se tambalea. Tal vez tengamos que romper la norma de no trabajar en período medio.

—¿Pájaros? —pregunté.

Sus dos cabezas asintieron.

—La parte subterránea de esas paredes deben ser como tamices para que los pájaros la atraviesen, y será mejor que echemos hormigón rápido. ¿Cree que esas nuevas barras reforzantes de aleación que traerá el Arca los detendrá?

—Claro —mentí. Olvidando el campo, me volví para mirar el reloj, pero había una corona fúnebre de lirios blancos en la pared donde debería hacer estado el reloj. No se puede saber la hora con una corona—. Esperaba que no hubiera que reforzar estas paredes hasta que tuviéramos las barras para clavarlas. El Arca debe de estar al llegar; probablemente ahora estarán en órbita esperando que salgamos del campo. ¿Crees que podríamos esperar hasta...?

Se oyó un estruendo.

—Sí, podemos esperar —dijo Reagan—. Desapareció el taller de maquinaria, así que ya no hay prisa.

—¿No había nadie dentro?

—No, pero iré a asegurarme —y salió corriendo.

Así es la vida en Placet. Ya había tenido suficiente, había tenido demasiado. Me decidí mientras esperaba a Reagan.

Cuando regresó, era un esqueleto articulado azul brillante.

—Muy bien, jefe —dijo—. No había nadie dentro.

—¿Alguna de las máquinas está dañada?

El se echó a reír.

—¿Puede usted mirar un flotador playero de goma en forma de caballito con puntitos púrpura y decir si es un torno intacto o uno dañado? Oiga, jefe., ¿sabe qué aspecto tiene?

—Si me lo dices, te despido.

No sé si bromeaba o no: estaba bastante irritado. Abrí el cajón de mi mesa, metí dentro el cartel de «Dios bendiga esta casa» y lo cerré de golpe. Estaba harto. Placet es un mundo de locura y si te quedas el tiempo suficiente también tú te vuelves loco. Uno de cada diez empleados del Centro Terrestre en Placet tiene que volver a la Tierra para recibir tratamiento psicológico después de un año o dos en Placet. Y yo casi llevaba aquí tres años. Mi contrato estaba a punto de expirar. Me decidí.

—Reagan —dije.

Él se dirigía hacia la puerta. Se volvió.

—¿Sí, jefe?

—Quiero que envíes un mensaje por radiotipo al Centro Terrestre. Y que quede clarito: Dimito.

—Muy bien, jefe —salió y cerró la puerta.

Me recliné en mi sillón y cerré los ojos para pensar. Se acabó. A menos que corriera tras Reagan y le dijera que no enviara el mensaje, se había terminado y era irrevocable. El Centro Terrestre es bastante curioso; la dirección es muy generosa en algunos aspectos, pero en cuanto dimites, nunca te dejan cambiar de opinión. Es una regla férrea, y noventa y nueve veces de cada cien está justificada en los proyectos interplanetarios e intergalácticos. Un hombre de-

be ser entusiasta al ciento por ciento con su trabajo para sacarle rendimiento, y cuando éste se le hace cuesta arriba, se acabó el atractivo.

Sabía que el período medio estaba a punto de terminar, pero de todas formas permanecí allí sentado con los ojos cerrados. No quería abrirlos para mirar el reloj hasta que pudiera verlo como reloj, y no como lo que fuera esta vez. Permanecí allí y pensé.

Me sentía un poco dolido con la indiferencia con que Reagan había aceptado el mensaje. Había sido buen amigo mío durante diez años; al menos podía haber dicho que sentía que me marchara.

Naturalmente, había una buena probabilidad de que él consiguiera un ascenso, pero aunque estuviera pensando en eso, podría haber sido un poco diplomático. Al menos, podría haber...

«Oh, deja de compadecerte —me dije—. Has acabado con Placet y has acabado con el Centro Terrestre, y vas a volver a la Tierra muy pronto en cuanto te releven, y allí podrás conseguir otro empleo, probablemente otra vez en la enseñanza».

Pero maldito fuera Reagan de todas formas. Había sido alumno mío en la ciudad terrestre de Poly, y yo le había conseguido este trabajo en Placet, y era buena cosa para un joven de su edad, administrador auxiliar de un planeta con una población de casi mil personas. Respecto a eso mi trabajo era bueno para un hombre de mi edad: sólo tengo treinta y uno. Un trabajo excelente, excepto que no se puede levantar un edificio que no vaya a caerse una y otra vez y...

«Deja de lloriquear —me dije—. Ya has terminado aquí. De vuelta a la Tierra y a la enseñanza otra vez. Olvídalo».

Estaba cansado. Apoyé la cabeza sobre los brazos y debí dar una cabezada durante un minuto.

Desperté con el sonido de unos pasos que recorrían el pasillo; no eran los pasos de Reagan. Vi que las ilusiones